

MIGUEL HERNÁNDEZ. "Soneto" (de El rayo que no cesa)

No me conformo, no: me desespero
como si fuera un huracán de lava
en el presidio de una almendra esclava
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un avispero
que me clava al tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo cava
dentro del corazón donde me muero.

No me conformo, no: ya es tanto
y tanto idolatrar la imagen de tu beso
y perseguir el curso de tu aroma.

Un enterrado vivo por el llanto,
una revolución dentro de un hueso,
un rayo soy sujeto a una redoma.

COMENTARIO

Introducción: Estamos ante un **soneto** (el 20) de El rayo que no cesa. Este libro, publicado en 1936, es sin duda la cima de la poesía de Miguel Hernández. En él, entre otras cosas, hallamos el máximo equilibrio entre fuerza emotiva y rigor estético, entre raíz popular y virtuosismo culto.

Encierra la obra un sentimiento trágico del amor, porque -por sus circunstancias personales- el amor, vivido como una pasión grandiosa, choca contra una serie de limitaciones o barreras que la realidad opone a su plena realización. De ahí unos hondos sentimientos de frustración, de "pena" ("rayo que no cesa") o de rebeldía, que le arrancan esos intensos gritos que son sus poemas. Poemas que, en su mayoría, son sonetos como el que vamos a comentar.

Contenido. Estructura

- Como se ve, el tema de este soneto no es otro que el de todo el libro. Aquí está la fuerza inmensa de la pasión, reprimida por las circunstancias, acaso también por la esquividad de la mujer amada (como muestran otros sonetos). Y aquí está el intenso dolor y, a la vez, esa rebeldía impotente (impotente porque, al final del poema, sigue el mismo sufrimiento).

En cuanto a la estructura, comprobemos ante todo la maestría de Miguel Hernández en su cultivo del soneto. Este molde clásico, tan cerrado, no parece ser un obstáculo para el poeta; al contrario, favorece el citado equilibrio entre el desbordamiento emocional y la concentración expresiva. Y el dominio de la técnica es tal que el riguroso "trabajo" del poeta puede no percibirse a primera vista: en sonetos como este, el resultado parece fácil, natural, y lo que nos llega en una primera lectura es la fuerza y el calor de la palabra.

Pasando a la estructura interna, resumamos cómo se distribuye el contenido en el soneto. Los cuartetos exponen el dolor y rebeldía del poeta (primer cuarteto) y aluden a sus causas (segundo). Los tercetos no añaden realmente nada nuevo, sino que son una reiteración de los sentimientos ya vistos, pero intensificándolos y llevándolos a un clímax final.

Análisis (contenido y forma)

Comienza el soneto con una doble expresión de la rebeldía y del dolor (una negación, más la afirmación de lo contrario). Una magna comparación recoge enseguida la magnitud de la desesperación: es como "**un huracán de lava**", insólita expresión en que se mezclan dos violentos

fenómenos naturales. Pero esa fuerza descomunal contrasta con lo minúsculo de los objetos que, de forma increíble, encierran aquella pasión telúrica: *almendra*, *jaula*, dos objetos designados con palabras sinónimas: **presidio y penal**. Estamos, pues, ante intensas imágenes de una pasión reprimida, encerrada en una "cárcel".

Con otra imagen fortísima pasamos al **segundo cuarteto**: "**Besarte fue besar un avispero...**" El beso, origen del amor, es a la vez el principio del dolor, un dolor como de incesantes agujijones. El tormento es reiterado (**me clava, me desclava...**). De la reiteración de la raíz verbal en ese verso 6, pasamos a la repetición del verbo **cava** al principio y al final del verso 7: es una **epanadiplosis**, una figura muy del gusto del poeta (recuérdese el soneto "*Fuera menos penado, si no fuera...*"). Y lo que aparece en ese verso es la unión de *amor* y *muerte*, una nueva formulación de la tradicional hipérbole del "**morir de amor**". Un morir por dentro: el dolor cava ese "**hoyo fúnebre**" dentro del mismo corazón del poeta.

El primer terceto comienza como el verso 1 y pasa a ponderar la magnitud del amor con la repetición "**tanto y tanto**". A ese amor corresponden ahora los verbos **idoltrar y perseguir**; ambos proceden también de la tradición poética amorosa: el primero nos recuerda la idea de adoración de una amada divinizada. Pero aquí lo que se idolatra es exactamete "**la imagen de tu beso**", el recuerdo de aquel beso al que ya se ha referido en el verso 5 (y que aparece en otros sonetos: los que comienzan "*Te me mueres de casta y sencilla*", "*Como el toro he nacido para el luto*", etc.). En el último soneto citado, y en otros, aparece también la idea de persecución amorosa ("*Como el toro, te sigo y te persigo*"); en el poema que comentamos, la expresión de oese tópico clásico queda renovada mediante la fina alusión "**el curso de tu aroma**".

Si antes veíamos la aproximación de amor y muerte, el terceto final comienza Otro una expresión vecina, pero acaso más sobrecogedora: la de "**un enterrado vivo por al llanto**". Y el soneto termina volviendo a ideas que vimos en su arranque: dos metáforas de idéntico sentido al de las imágenes de los versos 3-4. Lo que allí era "**huracán de lava**" es ahora **revolución y rayo**; y de nuevo esas fuerzas violentas, fortísimas, se encierran increíblemente en algo frágil: **un hueso, una redoma**. Queda el poeta en la misma situación en que estaba al principio: con su pasión arrebatadora, dolorosamente reprimida.

Conclusión

Se concentran en este soneto, como anticipamos, los sentimientos centrales de *El rayo que no cesa*: amor, dolor, rebeldía desesperada, muerte. Y es un acabado ejemplo de la potente voz poética de Miguel Hernández. Ante todo, por la fuerza, por la carga emotiva de su palabra, de sus imágenes; pero también por la perfección con que fluyen los versos del soneto. Poemas como éste logran, a la vez, conmovernos y admirarnos.